

Atenea

REVISTA MENSUAL DE CIENCIAS, LETRAS Y
ARTES. PUBLICADA POR LA
UNIVERSIDAD DE CONCEPCION.

Año IX

Mayo de 1932

Núm. 87

Enrique Molina G.

EN LA SERENA

RECUERDOS E IMPRESIONES

A mi amigo y excelente compañero de viaje Guillermo Benbow.

HE vuelto a La Serena. Tenía vivos deseos de volver. Lector, que has hecho tu vida fuera de tu lugar natal, no ha llegado un momento en que los recuerdos de tu infancia y de tu primera juventud se han revuelto en ti nostálgicos y has sentido la necesidad de tornar a ver las casas y los sitios donde despertaste a la vida, donde has jugado con pequeños camaradas, donde diste los primeros pasos en el cultivo de la inteligencia, donde sin duda has sufrido y donde se abrió para ti en sus primeras formas la flor misteriosa del amor?

Casas bajas de un piso llenas del alma de una madre, que apenas se ha conocido y que ha dejado en el corazón la oquedad de un afecto ignorado, del alma de alguna tía amante y abnegada, de figuras de gente apacible y cariñosa, sedentaria y resignada, entregada a labores monótonas y rutinarias. Anchas puertas de calle donde se ha estado pendiente de los ojos y de las

palabras de una niña. Empinadas y torcidas calles por donde íbamos y regresábamos del Liceo, pavimentadas con gruesas piedras de río y con aceras mal asfaltadas o de pura tierra y piedras. El trayecto lo hacíamos casi siempre tumultuosamente en grupo, saltando y corriendo. Y la gimnasia espontánea que practicábamos los muchachos nadando todos los días de verano por más de una hora en el río o en el mar, saltando los anchos zanjones de la Alameda o jugando a toda clase de juegos de carrera, y de salto en la vía pública. Los guardianes, *pacos*, nos perseguían y correteaban, sin duda para hacerse la ilusión de que cumplían con el deber de dispersar a perturbadores del tráfico. Pero no había tal. En verdad no había tráfico que nosotros pudiéramos entorpecer.

Se ha vivido lejos de este ambiente por más de un cuarto de siglo. La corriente de la vida no nos ha dejado pensar detalladamente—hay que confesarlo—ni en las personas ni en las cosas de por acá. Se vuelve aquí y todo renace como si fuera ayer. Las cosas han cambiado poco. Las cubre para nosotros un vago velo de tristeza. Cuánto ser predilecto ha desaparecido. Hemos remontado la pendiente del tiempo y pensado con pena en vidas infelices dignas de mejor destino; pero la muerte ha dejado caer sobre ellos la pesada cortina de lo absolutamente irrevocable. Nunca más, nunca más, como graznaba el cuervo de Poe. Con algunos compañeros de la infancia la suerte ha sido muy dura y yacen en la desgracia. A otros el cincel implacable de los años les ha encorvado la espalda y trazado surcos en el rostro hasta dejarlos inconocibles. También nos cuesta que a nosotros nos reconozcan. Habíamos anunciado visita a una antigua amiga. Llegamos una tarde a su casa. Nos abren la mampara y empezamos a subir la escalera. Nuestra amiga que está en la balaustrada del segundo piso nos pregunta. ¿Qué se le ofrece, señor? No nos había conocido. Seguimos

subiendo. Sorprendida vuelve a preguntar con más insistencia ¿Qué se le ofrece, señor? Entonces le decimos ¿No le habíamos anunciado una visita, señorita? A estas palabras se lleva las dos manos a la cabeza y exclama: ¡Cómo lo iba a conocer! Vuelve en sí al instante y con mucha inteligencia nos pregunta ¿Y Ud. me habría reconocido en la calle? Le dijimos que sí. En realidad no había cambiado mucho. Tenía el cabello gris y la tez naturalmente ajada, pero fuera de esto había conservado su silueta esbelta y sus simpáticos perfiles de joven. Los recuerdos son como perfumes guardados en ampolleta oculta en el fondo del alma. Rota ella al contacto de las impresiones recibidas, nos llenan, nos embargan, reviven heridos de innegable pesadumbre.

Cuando pasamos rápidamente por La Serena hace siete años la desolación de un reciente terremoto y de muchos incendios estaba escrita en gran número de escombros y en paredes renegridas por el fuego que sin techos y sin ventanas exponían sus huecos ruinosos a la luz.

De la vieja aldea fundada por los españoles en el siglo XVI no queda ningún vestigio. Tampoco queda monumento alguno del tiempo de la colonia. El resto más antiguo que se halla en la ciudad consiste en un hermoso marco de piedra tallada que sirve de ornamento a una espaciosa puerta de calle y data de 1820.

Esta vez encontramos a nuestra ciudad muy restaurada y con visibles progresos. Más de treinta cuadras han sido pavimentadas con asfalto y son tan buenas como las mejores de Santiago y Valparaíso. El alumbrado público ha sido mejorado notablemente. En algunas partes casi hay derroche de luz. Se ve que las autoridades de La Serena han sabido pedir y aprovechar los millones del tiempo de la administración Ibáñez. Desgraciadamente, la luz ha sido distribuída con desorden fantástico. Así, por ejemplo, en la calle

principal, la de Cordovez, hay una mescolanza tal de focos grandes y chicos colocados en diferentes líneas que si bien la iluminan brillantemente, aquello parece una pequeña reproducción de la Vía Láctea. En la Plaza de Armas se ha cometido la irreverencia y la falta de gusto de hacer servir el monumento a los héroes coquimbanos de la guerra del Pacífico como columna sostenedora de los cables del alumbrado eléctrico. Hay que anotar también algunos edificios nuevos; pero qué construcciones más heterogéneas, disparatadas y sin estilo!

Han mejorado los hoteles. Buenas habitaciones y buena comida.

La Serena es lugar de clima suave y benigno. Lo que llamamos los serenenses un día de calor sería de una frescura deliciosa en Santiago o en cualquier otro lugar del valle central. En el invierno no hace frío y no hay necesidad de estufas. Llueve ligeramente cinco o seis veces durante la estación. Los serenenses no conocen la nieve ni de vista a la distancia.

Ciudad famosa por sus grandes claveles y demás flores bellas y fragantes. La hermosa plaza de la ciudad es un jardín donde se respira un aire gratamente embalsamado. La Serena está como reclinada en un lecho de verdura en las colinas que declinan suavemente de los cerros de la costa y adormecida bajo el rumor de las olas del mar cercano. Los campos que la circundan podrían estar mejor cultivados; pero se ven verdes y el aire se siente saturado de un confortante olor de yerbas silvestres mezclado con emanaciones salinas provenientes del mar. En los campos se ven sobre todo cabras y burros. En los caminos también muchos burros que suelen ser la desesperación de los choferes por lo impasibles que permanecen ante el peligro de ser atropellados. Cosas de burros.

Poca gente en las calles. En las mañanas el silencio es perfecto; es como una segunda atmósfera que hace

más diáfano y transparente el aire, más claro el azul del cielo, da relieve a los edificios y torres de los templos y significación espectacular al asfalto del pavimento. Al amanecer de la primera noche que pasáramos aquí nos despertaron los gritos de un muchacho vendedor de diarios. ¡El Chileno! ¡El Diario! Con su grito alternaban las campanas de una iglesia vecina que convocaba a misa, esas campanas nostálgicas, monótonas y fastidiosas de los pueblos chicos que a ciertas horas dominan sobre las poblaciones y lanzan sus ondas en medio de la calma como un mensaje de tristeza. Nadie compraba y nadie pasaba fuera de la silueta negra de algún clerigo o de alguna beata picuda y madrugadora. Ningún ruido a no ser los pasitos menudos de los burros de algún vendedor temprano. Y el muchacho seguía gritando, de rato en rato, su monótono llamado sin darse cuenta de que no había quien le comprara un diario, dichoso de su mera actividad ante el sol naciente, como deben estarlo los pájaros que cantan en la alborada.

El mar ofrece una amplia playa para baños. Sobre todo en Peñuelas, casi a medio camino entre La Serena y Coquimbo, el baño es muy agradable. La playa es pareja y uniforme y va ahondándose de una manera regular en el mar. No hay grandes olas y el agua es ligeramente tibia. Ya quisieran los santiaguinos y porteños disponer de una playa como la de Peñuelas en Valparaíso o Viña del Mar.

En La Serena se come muy bien. Abundancia de buenas legumbres, de aves, de pescado fresco y de frutas exquisitas. Al congrio y a la corvina hay que agregar el pichibúen, muy sabroso pez exclusivo de los mares coquimbanos, el ostión, marisco igualmente coquimbano, y los grandes camarones, de un brazo más largo que otro que sólo se pescan en el río Coquimbo. La mejor fruta viene de los valles de Elqui y Ovalle. Fruta muy característica de la provincia es la papaya, de la cual se saca una bebida refrescante bastante agra-

dable y el dulce tan apreciado. En la ciudad funcionan tres o cuatro fábricas de este dulce.

En materia de fábricas, fuera de las recién mencionadas, entiendo que no hay otras que la de cerveza del señor Adolfo Floto y una de cigarrillos.

La mayor parte de los progresos de La Serena son de origen fiscal. El Estado no ha sido mezquino con esta ciudad. Cuenta con buenas comunicaciones diarias con el centro del país por medio de auto-carriles cómodos y rápidos. Dispone asimismo del ferrocarril longitudinal y de servicio de aviación dos o tres veces por semana. Desgraciadamente la correspondencia postal no se moviliza con tanta rapidez como las personas. Los diarios tardan hasta tres días en llegar de Santiago.

El Liceo de Hombres es magnífico. Limpio, claro, alegre, con macetas de flores en las ventanas de los patios, está muy bien tenido. Dispone de excelente mobiliario y buenas instalaciones. Es un buen Liceo no sólo para Chile sino en cualquier otro país de los más adelantados.

Una de mis primeras visitas fué al Liceo. Qué enormes progresos pude notar en él, comparándolo con el de mi tiempo. Los servicios higiénicos, entonces, no sólo eran antihigiénicos sino también antimorales. No había inspector que se atreviera a penetrar a esa guarida de mugre húmeda y mal oliente. Si algunos muchachos del Liceo salían entonces impuros y viciosos bien podían echarle parte de la culpa de esta desgracia al ambiente del Liceo. No así hoy seguramente. No es menor el progreso en lo que se refiere a los métodos de estudio. Un día el profesor de la sección superior de preparatoria que yo cursaba, me sacó al pizarrón y me puso el problema de dividir una cantidad astronómica de varios millones por otra de centenares de miles. Yo no sabía nada de esto ni recordaba que se me hubiera enseñado jamás algo semejante y me quedé paralizado y mudo

La Serena goza del renombre de ciudad aristocrática, tradicionalista y amodorrada, cualidades que por otra parte no se contraponen.

Cuando yo era muchacho, un intendente de la provincia dictó una orden prohibiendo andar con bultos por las aceras. ¿Se ve a dónde iba? Desde luego la gente con bultos no podía ser mucha. Pero no importaba que fuera escasa. Había que librar de toda molestia a los estirados señores y a las damas que no necesitan andar con bultos auestas y toman la acera más bien para pasearse. En cuanto al pobre hombre, a la pobre mujer para quienes transportar un canasto, una bolsa, un paquete significaba ganar con qué comer, que se vayan a la calle, a andar sobre la desigual y dura piedra de río. Nadie pensó que esto era agregar un nuevo dolor a la dura vida de los pobres y la medida fué muy aplaudida. Manifestación de la mentalidad burguesa aristocratizada de entonces.

De su antigua aristocracia poco le queda a La Serena. Una que otra familia viven encerradas en sus casas y en sus recuerdos en medio de ricos muebles viejos, practicando sus devociones y haciendo la caridad. Nuevas gentes han venido a reemplazar a los que se han ido o extinguido; pero siguen la línea de moral tranquila que está como en el ambiente, propia, por lo demás, de la familia chilena provinciana, moral segura de sí misma y ajena a toda clase de grandes problemas e inquietudes. Lo que pasa en Moscow, Berlín, París, Madrid o Barcelona son cosas de otros mundos, de mundos de locos incomprensibles. Interrumpe la monotonía de la vida diaria el juego. Como desde hace cincuenta años las familias juegan todas las tardes, un día en una casa, otro día en otra, por riguroso turno. Antes se jugaba monte y lotería. Hoy se juega poker.

En Septiembre del año pasado la rutina diaria fué sacudida por la sublevación de la marinería de la escuadra al ancla en Coquimbo. Los serenenses pasaron

horas de trágica tensión nerviosa. Durante una semana vivieron bajo la amenaza de un bombardeo inminente. A media noche se solía dar la alarma para que las familias se pusieran en salvo. Desde las casas altas de la ciudad se vió el ataque de los aviones a los buques sublevados y las montañas de agua que levantaban las bombas cuando caían en el mar. En esta dura emergencia los serenenses dieron muestras de valor y civismo. No pensaron en el peligro que corrían y sólo quisieron que el gobierno restableciera el orden como debía hacerlo. Por esto el gobierno declaró que las poblaciones de La Serena y Coquimbo habían merecido bien de la patria.

Mas de media docena de conventos y quince iglesias dan fe del tradicionalismo serenense. Son muchas casas de Dios para una población de veinte mil habitantes que no tiene ninguna Casa del Pueblo ni biblioteca pública que valga la pena. No hay que admirarse, sin embargo. Es lo que se ve en casi todas las poblaciones de Chile y a nadie le llama la atención: muchas iglesias, ninguna biblioteca o una incipiente y precaria colección de libros vulgares y para qué hablar de la falta de locales destinados al bienestar y cultura del pueblo.

Los serenenses son bondadosos y graves. Parece que los hombres, se apresuraran aquí a sentirse viejos y una vez llegados a esta sazón entrarán a conservarse vegetando. Aquella gravedad no obstaba a que los hombres maduros de mi tiempo, fueran muy sensuales, gozadores de la vida y amigos de la farra. Todos los muchachos sabíamos de un señor de quien se decía que tenía más de cincuenta hijos naturales.

Las costumbres balnearias no han podido resistir sin embargo la influencia del modernismo. En años anteriores los baños de los hombres y de las mujeres estaban separados por más de una cuadra de distancia. Ellas se bañaban con largas batas que las cubrían casi hasta los tobillos. Una vez hubo gran escándalo y revuelo

entre las señoras porque se supo que un joven había llevado un telescopio para mirar a las entrapajadas bañistas. Ahora encontramos en la playa de Peñuelas un grupo de hermosas niñas,—las hermosas niñas serenenses,—tendidas al sol en la arena, las piernas, los brazos, las espaldas, el cuello y el nacimiento del pecho desnudos. Las rodeaba un grupo de jóvenes en traje de baño. La explanada de claras arenas se dilataba hasta perderse de vista orlada del blanco marco de plata repujada que le formaban las olas. El óvalo de la bahía se extendía al frente como un manto de seda azul. A la distancia, entre el mar y el cielo, se recortaban los cerros amarillos de Coquimbo. Los jóvenes y las niñas conversaban como buenos camaradas. A ratos jugaban lanzándose unos a otros una gran pelota de goma. Bello cuadro. Valor en sí de la vida joven. Dulzura de vivir en esta placidez tibia.

Los estudiantes de ogaño no son tan pijes y lechuguinos como los de antaño. Los estudiantes de fines del siglo pasado que volvían a vacaciones, consideraban de rigor dar golpe de elegancia en la que miraban como una apartada ciudad provinciana. Había algunos francamente pijes. Pantalones a cuadros ajustados a la pierna, chaqué, cuello de guillotina, y tongo formaban una tenida muy preferida por los jóvenes. Qué distintos son los muchachos de ahora y qué despreocupados en cuanto a la indumentaria. Así los he visto en los paseos y en las playas. Trajes amplios, cuellos sueltos y flexibles, sin sombrero, andan sobre todo con aire de deportistas como en el resto del mundo occidental por lo demás. Algunos jóvenes gastan pera a lo Lenin, en señal sin duda de sus ideales marxistas. De todas maneras parece una juventud más sana y vigorosa que la que venía a veranear en mis días de liceano.

* * *

La vida espiritual en nuestros pueblos es generalmente pobre. Faltan en primer lugar la originalidad y la fuerza creadora, las dos alas sin las cuales no se llega a ninguna cumbre del pensamiento en las ciencias, en las letras o en las bellas artes. Falta luego la inquietud literaria y artística, para no decir nada de la falta de inquietud filosófica cuya ausencia raya en el desconocimiento de la existencia misma de los problemas filosóficos. La inquietud es un fermento que incita por lo menos a informarse, a orientarse y a reflexionar sobre los grandes interrogantes de la vida humana. Las inteligencias entre nosotros, cuando no son meros resortes de repetición que alternan con el sueño, se hallan imantadas principalmente por las cuestiones económicas, sociales y políticas. Estas pueden dar lugar también a un noble idealismo; pero ¡ay! lo más frecuente es que los intereses de partido, el odio de clases, la ignorancia y la mala fe las traten en forma muy ruin y menguada y las despojen de toda aureola de vida espiritual.

La Serena ha tenido, sin embargo, más participación en el movimiento intelectual del país que otros pueblos de análoga importancia, sea por los grandes poetas que han salido de ella, como la Mistral, Manuel Magallanes, Carlos R. Mondaca, o por la cultura literaria que se ha solido manifestar en su propio seno.

Lo más propicio para la vida intelectual es que pueda desarrollarse entre dos polos: la tranquilidad para estudiar y meditar y el intercambio con otros espíritus que sirvan de estímulo. En La Serena se tiene la tranquilidad, pero el intercambio es pobre. No hay más publicaciones que los tres pequeños diarios *El Coquimbo*, *El Diario* y *El Chileno* dirigidos con mucha cultura y cortesía, pero con muy escasas informaciones y menos artículos de fondo aún.

He tenido la suerte de encontrarme con algunos cultores de la inteligencia. Eulogio Robles Rodríguez, ami-

go de mi juventud, hoy Presidente de la Corte de Apelaciones, estudioso de los clásicos y amante de las investigaciones históricas. Jorge Miranda, Rector del Liceo de Hombres, inteligente y hábil educacionista. Fernando Binvignat profesor del Liceo, poeta e ilustrado conferenciante de alto espíritu. Joaquín Ahumada Gálvez, compañero del primer curso del Instituto Pedagógico, Fiscal de la Corte, de vastos conocimientos humanísticos y jurídicos. Miguel Munizaga, inteligente y joven estudiante de derecho, periodista y dado a la investigación de la crónica y de las tradiciones locales.

No digo que estos sean los únicos intelectuales con que cuenta La Serena. Son los que he tenido ocasión de tratar en estos cortos días. Sea como quiera, y con los nombrados los que aun puedan agregarse, estos estudiosos son lámparas aisladas. Bendigamos su noble pasión por las cosas de la inteligencia. Merced a su idealismo no se apaga por completo en esas hermosas playas el desfalleciente fuego de las inquietudes espirituales.

Febrero-1932.